

"Rebelarse, tratar de dar un significado a la vida, hacer algo, tener cualquier fe con la cual intentar traspasar el límite de lo actual, era estúpido, pueril, y más que nada lo eran los compromisos y las responsabilidades. Lo único razonable era la aceptación muda e inactiva."

...para Andrés Abalos, la inactividad, el mantenerse aferrado a un tiempo pretérito, guardián del pasado, "era la justificación del no-hacer nada, de no aventurarse a nada, la liberación completa de todo compromiso con la vida".

Carmelo Vilda de Juan

Hay personas en la vida que viven muertas. Son los eternos desadaptados. Caracteres sin ventanas que envejecen en un ambiente enrarecido. Vidas siempre a "contrapelo" de los acontecimientos, vocaciones machaconamente atrincheradas en retaguardia. Ojos en la nuca para contemplar con añoranza el pasado y miopía en la frente para desfigurar el presente y escrutar mal el futuro. Por eso, Elisita Grey de Abalos y su nieto Andrés son cadáveres calafateados con betún y pez ante su generación. Parásitos que restregan su inactividad e irresponsabilidad beatífica en las aristas de cada hora.

Pero camuflados bajo los nombres de Elisita y Andrés, pululan todos los hombres opuestos a una búsqueda de nuevas formas de organización y de acción, donde las decisiones y actitudes, sean consultadas en un diálogo sincero. Renuentes a los nuevos estilos de vida, a las justas participaciones en el mando, a la reciente exégesis de la autoridad y tradición. CORONACION es implacable con todos los hombres que se dejan atrapar en su propia circunstancia, exclusiva formación y conformismo con el mundo. Es una invitación a salir de nuestra madriguera; un reto a oír las constantes pulsaciones del tiempo.

José Donoso, el autor, es un chileno trashumante que reside en Estados Unidos o España, pero no puede desarraigarse de su tierra. La acción arranca y concluye en Santiago, donde nació Donoso en 1925. La ruta es muy sencilla: novelar la anatomía de una familia acartonada, inmóvil, neurótica, carcomida por prejuicios, etiquetas y remilgos sociales, a caballo de un código, de un régimen apollillado en quien ya nadie cree ni respeta. Es la vida de tantos "dictadores", y "superiores" cuyos métodos de gobierno "hacen agua" y no se percatan del naufragio que se aproxima porque su soledad y aislamiento les impide barruntar el oleaje que zarandea los costados.

CARMELO VILDA: Miembro del Centro Gumilla.

ADAPTACION

CAMBIO

DEVENIR

Una novela moderna (1) nos habla del "cambio". Aferrarse a un escaño es envejecer, ir a la zaga, subdesarrollarse; en definitiva, desentonar. Quien no resuelve el problema del "cambio" será arrollado por él con toda la cabalgata de valores que la polilla pulverizará en su corazón. En el "cambio" resplandecen la esperanza y la confianza en un futuro cristiano. Y una virtud: la humildad del hacerse constantemente joven.

(1) CORONACION, de José Donoso. Barcelona, Editorial Seix-Barral, 1968.

Soledad y aislamiento de los desadaptados

Elisita Grey de Abalos es la representación genuina: aristócrata nonagenaria, insípida. Un corazón escarchado. "Un pingajo en un pequeña montón de vida sin forma entre las sábanas; ojos cerrados, manos plegadas sobre el pecho, con un rosario entre los dedos." (pág. 53) Es la imagen de tantos superiores y directores reclusos en un ambiente de soledad ermitaña o torres de marfil. Son incapaces de dialogar y comprender cómo cada día renace una flor en el árbol. En la casa de Elisita no entraba el sol y las voces se descortezaban en las sombras de las habitaciones lúgubres. Vive en una mansión alejada del mundo, de los ruidos; es húmeda y desolada. Huele a esterilidad. Hay un patio interior. Hacia fuera, gruesos muros y ventanas con rejas y contrafuertes. Torreones del siglo XVIII que agonizan en el siglo XX. El mundo exterior le incomodaba, le problematizaba la conciencia. Cuando no se tiene juventud para enfrentar la realidad es preferible cerrarse, buscar protección y justificación en el caparazón de una actitud hermética en la cual las decisiones se toman con una principesca monotonía. No ver los problemas para no afrontarlos: creer que aquí no pasa nada que no hay que renovar nada, que la sociedad piensa igual que antes, que nadie nos reclama, es estar desfasado.

"No en vano fue siempre el lema de su vida (Andrés) apartarse de todo lo que pudiera causar dolor. Algo negativo, es cierto, reflexionaba a veces, pero era un hecho que él jamás causó daño a nadie, manteniendo un contentamiento si se quiere modesto, pero que bien mirado era una realización bastante más apreciable que la de la mayoría de la gente... Hacer algo... intentar traspasar el límite de lo actual era estúpido y pueril. Lo único razonable era la aceptación muda e inactiva." (65)

Encima los caracteres como Elisita son autoritarios y antisociales: "Era corriente que las cuidadoras de la anciana duraran poco a su servicio: todas partían humilladas" (pág. 16). Son rancios, de moral puritana: "He sido una mujer tan buena, tan moral, que nunca en todos mis años de casada permití que mi esposo me mirara el cuerpo" (149).

Atrapados en la onda de sus estupideces y chocheos, se convierten en esperpentos extravagantes. La música moderna les parece infernal y pecaminosa. Las de antes sí eran hermosas. Los caballeros sólo deberían estudiar leyes. Es la única profesión decente. Ir al cine es malo, muy peligroso. Toda la vida de Elisita se regía por el célebre manual de Carreño.

El verdadero pecado de Elisita y Andrés y el parto de su extravagancia es su aislamiento y soledad. Por eso la tristeza y la nostalgia nublan los días de su vejez. La soledad neurótica es el premio de los desadaptados, de los que viven amarrados a sí mismos. Elisita es una autómatas sin vida interior, un corazón disecado, una terrible oscuridad por donde vemos huir unos ritos y unas actitudes que la caries del tiempo ha laceado. Una vida desfasada, ahistórica, incongruente y desconcertante.

Los desadaptados son hombres que viven físicamente alejados de su familia, de su pueblo, de su circunstancia. El tiempo envejece cada día en sus canas, pero no lo reconocen porque no se miran en el espejo de los jóvenes. Hombres que no saben abdicar, dejar su puesto, dar paso a las nuevas generaciones, ni avizarar el galope de las reformas. Islotes estériles, coágulos insolubles, presencias fantasmagóricas que desgran su historia en grotescos y anodinos ripios, ridículas compensaciones de su inactividad e inmovilismo. ¡Aquí todo sigue igual!, es su lema y orgullo.

Esterilidad e inhibiciones de los desadaptados

Por ellas, Andrés Abalos (nieto) desangró su vida en soledad. De hecho, nunca traspasó el umbral de sí mismo. Andrés es un cincuentón acosado por complejos y obsesiones lunáticas, canceroso legado familiar. Un corazón que no latía al compás de su libertad, porque el péndulo fue siempre la monotonía, la regla, el canon, el hacer siempre lo mismo:

"Tú, Andrés, has sido siempre un ser estructurado de pies a cabeza; te bastas a ti mismo, no tienes necesidad de dar ni de recibir. Pero has cometido el peor de los errores: estás solo. Estás viejo, y como en tu familia la cabeza se descompone temprano, comenzarás a chochar luego." (pág. 75)

Andrés es un hombre sin iniciativas, sin peripecias, sin experiencias vitales. Un niño amedrentado:

"Nada de lo que había hecho con todas las horas de su pasado, nada de lo que podían ser las horas de su futuro, contenían un átomo de nobleza y valor... ¡Qué horror morir sin haberse aventurado en la vida!" (102)

Siempre había sido indeciso en el umbral de la acción. Y ya no le quedaba tiempo.

Es también inhibido: "rebelarse, tratar de dar un significado a la vida, era estúpido". Un ser que no se había atrevido a lanzarse a nada. La conclusión es una vida fetichista y rara: "Lo que más le gustaba era comprar bastones... pero nunca permitió que pasaran de diez."

Por si todo esto fuera poco, le asaltaron los escrúpulos plagados de remilgos jansenistas. Infierno y condena eran las palabras que más repetía y entonces la cara y los ojos se le ponían rojos. Andrés no vivió la vida. Fue un caracol acurrucado en el muñón de su joroba psíquica. Un desadaptado social. Nunca asomó los cuernos al sol de la responsabilidad, del arraigo social. En realidad nació esterilizado. Un pobre errante que cae indefenso en la telaraña de la historia y no es capaz de romper la malla. Su vocación es la soledad y su destino el olvido. Sus aficiones por las antigüedades, el mundo clásico y la historia fue sólo "una manera elegante de esquivar la vida hasta la hora de la muerte" (108). Una forma de esquivar el reto que nos lanza día a día la realidad circundante.

Viven así en un aislamiento espiritual, en un estado de gelidez emotiva que les incapacita para el aplauso, la alegría, el entusiasmo compartido y el compromiso cálido.

La vida es lucha y riesgo. Por eso sólo viven los que saltan al ruedo.

Incomprensión y puritanismo de los desadaptados

Cuando la afectividad se convierte en neurosis y no se desahoga, la Ley se viste de Inquisición. Se mata la camaradería, el aliento, el diálogo emotivo. El amor y la vida no tienen derecho a ser concebidos con poesía y en todas las manifestaciones de amistad se ve sexo, pecado, engaño, zancadilla diabólica. Andrés y Elisita viven moralmente desadaptados: "el pecado de la carne es el peor de todos, el más inmundo y el más terrible" (105). "Todos los hombres, lo único que quieren es abusar de nosotras. El placer es una inmundicia. Odia a ese hombre, ódiate a ti misma por haber sido tan débil como para haberte creído enamorada, y tu amor y el de él no eran más que basura... no les creas cuando te juren amor... son todos iguales, todos unos cochinos." (82)

Elisita, la nonagenaria, se gloriaba de ser excesivamente pura por no haber permitido que su esposo le viera el cuerpo. Merece una corona de santa, repetía. Pero no se percataba que "su pureza" era la causa de que su esposo buscara una amante. La comprensión para Elisita era algo insólito, algo alambicado. Tan arduo como hacer mayonesa en casa.

El hermetismo leguleyo corroe el entusiasmo de la acción libre e impide el dinamismo de la comprensión. Los paladines de la ley no ríen, son acres en las respuestas, sienten vértigo ante la aventura, la experimentación o el peligro. Cuando hablan ordenan. No es por esto extraño que los cambios provengan siempre de abajo para arriba. La renovación brota siempre del epicentro de un corazón abierto, espoleado más por la caridad y la esperanza que por la fe en unas normas marchitables.

Los Grey Abalos habían olvidado que la vida con amor, diálogo y comprensión, además de vivirse mejor, nos hace mejores a nosotros mismos. He aquí el eje y resorte del "cambio".

Aislarse de la vida es envejecer

CORONACION no es novela de acción. Más bien de actitudes ante la vida, esa vida fluida y versátil que se disfruta distintamente en los cangilones del tiempo. Donoso nos plantea el problema de los hombres ante el "devenir". El drama metafísico de Heráclito. El eterno fluir de las cosas que se escurren y cambian en cada viruta de historia. Aferrarse a un escaño es envejecer, ir a la zaga, no estar a la moda; en definitiva, desentonar.

La vida acosaba a Elisita y Andrés con nuevas preguntas, les imponía diferentes actitudes, pero ellos prefirieron que el pasado se transfigurase en presente. "No les gustaban las cosas modernas." Y se enterraron vivos en un nicho simétrico porque no supieron resolver el problema del cambio por su anémica voluntad de adaptación. Lo cierto es que, ante sus contemporáneos, sus palabras sonaban afónicas. Es como si nuestros astilleros se dedicaran a construir barquitos de papel

Hay una cita escalofriante que resume el problema de los desadaptados:

"Andrés vio que Felipe Guzmán, que se pasaba la vida leyendo monografías, memorias y estudios sobre los Borbones y los Habsburgos, estaba muerto... completamente muerto. Y por reflejo vio que también lo estaba él, ya que todas sus aficiones por lo bello y lo histórico eran sólo una manera de esquivar la vida, de marcar el paso agradablemente, agradablemente sobre todo, hasta la hora de la muerte."
(108)

Unas vidas sin compromisos ni escándalos, sin dolores de cabeza o desórdenes. Pero la realidad es distinta. Los desadaptados

son cantos rodados que la corriente vital escupe hacia los costados de la historia. Son una rémora, sobre todo, cuando desempeñan alguna función directiva, porque es el futuro de los pueblos o instituciones el que se detiene en la testuz de sus corazones yertos. Las revoluciones son el abrupto de un frenazo constante a la evolución, del mismo modo como el grito y la protesta suceden al rechazo del diálogo y comunicación.

Lo peor es que los desadaptados entorpecen la renovación. Son piedras de tropiezo, cordones umbilicales. Un problema social, ético, psicológico. Y religioso. Para ellos, la Teología terminó con San Juan y se tradicionaliza "intra muros del Vaticano".

Son barrotos con espinazo tieso, sonámbulos más que personas. Vivos que viven muertos. Lo confiesa Andrés cuando agoniza la novela:

"El ya no era un ser vivo, ya no era hombre. Estaba reducido a cosa, a materia que aguarda el momento de integrarse a la nada, donde no hay ni tiempo ni extensión."

Porque, siendo viejo, no tuvo la humildad de hacerse joven.

La Universidad:

¿peligrosa o estéril?

El desarrollo de la revolución

En el desconcierto de las Universidades, que se ha tachado de "hippie", "maoísta" o "anárquico", ¿no existen características comunes a todas esas conmociones?

Desde el punto de vista formal en todas ellas ha habido la inspiración marciana de la lógica de la protesta: "El mundo de la experiencia inmediata (...) debe ser comprendido, transformado, incluso subvertido, para poder llegar a ser aquello que realmente es", y más adelante: "En la ecuación Razón=Verdad=Realidad, que une los mundos subjetivo y objetivo en una unidad antagonista, la razón es el poder subversivo..." (1).

Es el famoso método de la "contestación" o impugnación, palabra puesta en moda por la revolución de mayo en París.

JESUS MARIA AGUIRRE, S. J.: Profesor-Guía del Liceo "Jesús Obrero" (Catia). Estudia Periodismo en la U.C.A.B.

El problema universitario ha acaparado el interés de la opinión pública. Lo que un día se iniciara en Berlín, o en Berkeley, o siguiera por Córdoba, Roma y Tokio, llegó a su clímax con los episodios del mes de mayo en Francia (Nanterre, Sorbona, Barrio Latino). Venezuela no queda al margen de este movimiento estudiantil. Algunos profesores sienten tristeza por lo que sucede en la Universidad: "una reforma académica guiada por la violencia y la guachafita es negativa para la vida de la institución". Entretanto, el pueblo sonríe con sorna: "La Universidad, ocupada; los estudiantes, desocupados. Si no quieren estudiar, ¿por qué no trabajan?"

JESUS MARIA AGUIRRE, S. J.

Otras características formales han sido la utilización de recursos de fuerza como la declaración de huelgas, la formación de barricadas, la toma de edificios y los consecuentes choques con la policía.

Desde este mismo punto de vista llama la atención el hecho de que, a pesar de los esfuerzos de diversas tendencias políticas por canalizar y acaparar el movimiento, su dinámica espontánea ha escapado a todo control de Partido.